



RELATOS ENTRE RONDAS

José Luis Aliaga Pereira

Escritor y comunicador, nacido en Sucre, provincia de Celendín, región Cajamarca.



Quien escribe con el seudónimo literario Palujo, tiene publicados un libro de cuentos titulado "Grama Arisca" y "El milagroso Taita Ishico" (cuento largo). Fue coautor con Olindo Aliaga, un historiador sucreño de Celendín, del vocero Karuacushma. También es uno de los editores de las revistas Fuscán y Resistencia Celendina. Prepara su segundo libro titulado: "Amagos de amor y de lucha".

¡Ruge, ruge #Marañón!

—Toma mi bravura —nos dijo El Marañón—, toma mi sangre y calma tu miedo.

Y tragamos parte de la ola que a más de cien metros del puente de Balsas, en el primer rápido, como lo llaman los profesionales que navegan sus aguas a los lugares en los que “la serpiente de oro” se embravece y trata al bote como el aire a una insignificante veleta. El río sabía que se trataba de nosotros que navegábamos sus aguas para conocerlo y amarlo más, para defenderlo de los depredadores; y por ello, nos saludaba eufórico a su manera, faltando minutos para bajar en los botes desde Chacanto.

Todos, lugareños y extraños, lo respetan. Escuchan atentos su invencible rugido y bajan seguros, si es que ya los abraza con sus aguas, porque sienten su cariño de hermano o padre, alimentador de la Mamapacha.

Enormes montañas, cual chirimoyas gigantes, acompañan nuestro viaje. El río no se queja de este encierro, al contrario, se desliza tranquilo en su hábitat, sin resignación, alegre, ondulante, tentador, humilde.

Las risas de los que conducen los botes son francas, abiertas, nos dan seguridad; su conversación nos presenta al río como un verdadero amigo. Al Marañón —afirman— gózalo, respétalo y defiéndelo; y, al mismo tiempo, liberan de su radiograbadora música suave que acaricia cual mirada inteligente de un

saltamontes, que contempla agradecido la inmensidad.

De pronto un ruido se acerca... o, perdón, al revés: los botes y nosotros nos acercamos a un lugar que con su rugido rompe el silencio que te transporta con infinidad de pensamientos. Wilfredo, el que dirige el bote, nos habla del próximo rápido y nosotros tocamos el agua helada, mojamos la cara y el pecho para que no nos sorprenda el corazón que, ante el vaivén del bote y el cambio de temperatura, suspira. Mientras el río carcajea al ver nuestras caras de susto con sus mil ojos, pequeñas gotas de agua nos rodean como las peñas y el sol.

No se preocupen —nos dice, hipnotizado, el conductor del bote, como si hablara en nombre del río— acamparemos aquí.

El Marañón, en una curva, se explaya cual bienvenida a nuestra primera noche de viento, arena, belleza, admiración, respeto y conversa.

Un olor, a creación, a mundo nuevo, nos invade el alma.

Ya en la orilla, bajamos del bote las bolsas, herméticamente cerradas, que contienen alimentos, carpas y abrigo.

Árboles curiosos y un colorido de piedras parecieran esperar nuestra visita.

Estamos en la “Playa del Cura” —grita Wilfredo.

Sin que nos diéramos cuenta, desde la rama de un árbol, un niño nos observa, sigiloso, con sus ojos negros y la cara sucia. Después, nos enteramos que se trataba de Royer.

—Un día —nos habla a medio reír— yo estaba, ya pue por irme a ver mis sembríos puarriba por la falda y escucho la voz de mi Chabela: ¡Ishaaa! ¡Ishaaa! ¡Al Royer lo lleva la correntada! ¡Ishaaaa! Ishaaaa! Clarito lo escuché. Bajé corriendo puahí —nos dice señalando el lugar donde colocamos una banderola, a la orilla del río—. El río lo jalaba como a cualquier grajo. Braciando, braciando llegué hasta él. En un monte, que siavía atrapau en una piedra, se sujetaba fuerte mi cholo.

Don Isaías se emociona, y se soba con la mano derecha la frente y toda la cara.

—Agarradazo, sujetau estaba. Apenitas lo saqué. Ya no le di su maja. Estaba asustadazo. De ahí, nunca más falta al colegio. Fíjiusté. Parece mentira, siacurau. El Marañón sabe. Tiayuda.

— ¿Y sigue cruzándolo o ya no? — le preguntamos en coro.

—De vez en cuando. ¡Fuiiiuu! Hoy lo respeta. Santo remedio.

Don Isaías se queda mirando el río, medio triste, pensativo, como filosofando. De pronto, avanzando unos pasos nos dice:

—Por eso digo Taitito: gracias por darnos este nuestro río. Ahora, con esto de que los demonios quieren matarlo, recién nos hemos dau cuenta que las muertes en su nombre alimentan más sus rugidos. ¡Ruge! ¡Ruge! ¡Marañón! ¡Ruge por nosotros!

Un viento fuerte pasa silbando, arrastrando arena y sacudiendo las carpas.

—Es él, así es —afirma, moviendo la cabeza, abriendo más los ojos y levantando las cejas—. Te advierte quién es el que manda aquí. Tienes que saber entenderlo.

Al siguiente día no llegó la canoa. Los comuneros que llegaron trayendo sus productos tuvieron que esperar otro día más. Nosotros juntamos las carpas en las bolsas. Las cerramos herméticamente, y partimos río abajo.

Los compas nos despidieron agitando los brazos. El rugido del Marañón llegaba a nuestros oídos, débil primero y después fuerte: El próximo rápido estaba cerca.

Las palabras, los gritos, de don Isha quedaron grabados en nuestras mentes: ¡Ruge! ¡Ruge! ¡Marañón! ¡Ruge por nosotros!



Un alto en el camino

Sudorosos, algunos cayeron más que se sentaron, quedando por unos instantes en raras posiciones. Luego, con el pecho agitado, iniciaron una densa conversación. Unos hablaron de sus experiencias en la lucha; otros, los más nuevos, de su admiración e identificación con lo que sucedió hace pocos años. Conversaban como queriendo ahorrar palabras. Hasta los labios los movían despacio y sus gargantas ansiaban tragar agua; pero, en realidad, apenas alcanzaban a aspirar las brisas tibias de aire que ascendían de lo más hondo del valle, y una que otra gota de sudor que rodaba por sus rostros.

¡Carajo! No dejaremos que ingresen a nuestro territorio a todos los que quieren adueñarse de él, desplazándonos —decía uno. —Eso hacemos y eso haremos siempre con nuestras manos blancas, sin metralla, ni fusiles.

—Asesinaron a uno de nuestros compañeros... ¿a tanto llega la ambición?

—Se aseguraron de eliminarlo. “Muerto el perro...”, pensaron.

—Pero hay habladurías al respecto.

—¿Ah sí? Voy a ser claro. Si es verdad, bueno y útil para la organización, ¡cuéntalo!

—No, no lo sé. Eso es lo que escuché en...

—No, no compañeros...

En el silencio... ¡Toc!... ¡Toc!... ¡Toc!... sonaba agudo y fuerte, el filudo chufán al

golpear el metálico borde que adornaba el poro calcáreo, mágico catalizador.

—No, no compañeros —repito. —Los chismes, las habladurías destruyen y vienen de gente que desea que nuestra organización se debilite o desaparezca. Sucede igual que a nuestra hoja sagrada. ¿Qué dice el gobierno? ¿Qué publican sus periódicos? ¿Acaso no nos relacionan con el narcotráfico? ¿Acaso alguno de nosotros estuvo detenido o acusado por eso?... ¡Nunca! Desde nuestros ancestros, ¡nunca! Esto —lo dijo con el brazo en alto, mostrando, enérgico, su talega en la que guardaba la coca— es nuestro alimento, medicina, nuestra resistencia. No podemos utilizarla para el mal. Pero así, así mienten, para convertirnos en delincuentes...

—Sí, compañero, tienes mucha razón. Cobardemente y con ventaja lo emboscaron tres criminales contratados por poderosos intereses, y murió luchando como él mismo lo dijo el día anterior a cuando lo asesinaron: Los que luchan, nunca mueren, ¡carajo!

Hablaban mirándose a los ojos. No podían quedarse mudos luego del asesinato de su líder, como si no hubiese pasado nada.

—Es nuestro pueblo, nuestro Yagen querido. Es nuestro río, el indomable Marañón. No me vengán con huevadas, ¡carajo!

—Es cierto: lo acribillaron de ocho balazos cuando se dirigía a su casa. En

nombre del pueblo, desafió a la bestia. Defendió nuestra bandera.

— ¿Saben qué es lo que el gobierno, la empresa y sus delincuentes, que se dicen autoridades, periodistas, buscan con los chismes que ellos mismos crean? Aparte de atemorizados, siembran la desunión, la desconfianza, el celo y el recelo para dividirnos. ¡Quieren que peleemos entre nosotros y nos saquemos la mierda!... ¿Lo entienden?...

Sí— aseveró Francisco, escupiendo y pateando el suelo, una y otra vez—. Es nuestra vida. Queremos vivir en paz, felices, como lo hicieron nuestros abuelos.

Francisco —dijo el que no intervenía mucho dirigiéndose al más alto, al que parecía estar al mando, al que daba las explicaciones— mmm... la gente está cansada, casi muerta. Felizmente no tuvimos problemas esta noche. Las Rondas lo controlamos todo. Sean de la empresa Odebrecht o cualquier intruso. No podrán, ¡jamás!, meterse si lo seguimos defendiendo. Para eso estamos. Para eso se crearon. Para combatir el abigeato, el robo, y ahora para defender el medio ambiente... y nuestro río Marañón. ¿Qué se han creído? ¡Carajo!

—Está bien... tranquilo, tranquilo — intervino el que daba las explicaciones—. Vayamos a descansar; pero antes agradezcamos a los Apus y a nuestra Mamapacha.

Amanecía. Finalizaban la ronda de esa noche. Un silencio complaciente, formado por ruidos amistosos, se mezclaba con el

rozar de zapatillas y llanques que otra vez pisaban fuerte el suelo y derrumbaban piedrecillas al abismo, imponiéndose el jaleo de pechos y la firmeza de la voz que ordenó regresar. Una conversación, un alto en el camino, lapidaba estigmas, chismes, que los preocupaban.

— ¡Toc!, ¡Toc!, ¡Toc!

